



Tiempo y escritura
El diario y los escritos autobiográficos de
Luis Oyarzún

Olga Grau Duhart



EDITORIAL UNIVERSITARIA

EL SABER Y LA CULTURA

Tiempo y escritura

EL SABER Y LA CULTURA

Ch868 Grau Duhart, Olga.

O98YG Tiempo y escritura: el diario y los escritos autobiográficos de Luis Oyarzún / Olga Grau Duhart. 1ª ed. Santiago, Chile: Universitaria, 2008. 251 p.: 2 il., retr.; 11,5 x 18,2 cm. (El saber y la cultura)
Bibliografía: p. 241-251.

ISBN: 978-956-11-2033-4

ISBN Digital: 978-956-11-2848-4

1. Oyarzún, Luis, 1920-1972 - Crítica e Interpretación. I. t.

© 2008, OLGA GRAU DUHART.

Inscripción N° 174.902, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por

© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.

Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Palatino 10/13*

DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN

Yenny Isla Rodríguez

www.universitaria.cl

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Olga Grau Duhart

Tiempo y escritura
El diario y los escritos autobiográficos de
Luis Oyarzún



EDITORIAL UNIVERSITARIA

ÍNDICE

Agradecimientos

Presentación

Introducción

CAPÍTULO I

Escrituras del yo: diario íntimo, autobiografía y epistolario

- I.1. El diario íntimo como experiencia del tiempo
- I.2. El diario íntimo como producto literario de la modernidad
- I.3. El diario íntimo, la autobiografía y el epistolario como géneros referenciales
- I.4. Producción de diarios íntimos en Chile en la primera mitad del siglo xx: Teresa Wilms Montt; Lily Iñiguez; Alone (Hernán Díaz Arrieta); Luis Oyarzún

CAPÍTULO II

La concepción del tiempo en el Diario de Luis Oyarzún

Introducción

- II.1. Concepción del tiempo en Luis Oyarzún y el tiempo en su escritura
 - II.1.1. El tiempo heracliteano
 - II.1.2. El tiempo depredador y la muerte

- II.1.3. La superación del carácter destructor del tiempo: la eternidad del instante y su sacralidad
 - II.1.3.1. Plenitud del instante
 - II.1.3.2. Tiempo y sacralidad
 - a) La muerte y disolución del yo
 - b) Misticismo y nomadismo
- II.1.4. El tiempo como duración: la influencia de Bergson

CAPÍTULO III

Tiempo y estilo en la escritura

- III.1. La infancia de una escritura
- III.2. Lenguaje y escritura. La pasión por los nombres
- III.3. Escritura e inspiración: el estilo de Bergson y las visiones estética y filosófica
- III.4. El presente de la escritura en el Diario y el tiempo en el epistolario
- III.5. Ritmo de una escritura y su fin

A modo de cierre

Bibliografía

*En memoria de
Olga, Oscar y Angélica*

*A
Manuela y Esteban*

*“¿Qué es entonces el tiempo?
Si nadie me lo pregunta, lo sé;
si debiera explicarlo a quien me lo pregunta,
no lo sé”.*

San Agustín, *Confesiones*



Luis Oyarzún.
Fotografía. Colección del Escritor Biblioteca Nacional de Chile.

AGRADECIMIENTOS

Este libro tuvo su posibilidad de realización en el entramado que se produce en la relación con otros. De ese modo, son muchos los rostros con sus nombres que aparecen al momento de agradecer y, aunque se tenga que abundar en referir aquello, se me hace indispensable hacerles lugar.

Agradezco a Leonidas Morales, gran conocedor de la obra de Luis Oyarzún y de los géneros referenciales, la motivación e inspiración inicial y la orientación de mi tesis doctoral que tomó finalmente forma en este libro. Asimismo, a Kemy Oyarzún y Milagros Ezquerro, coordinadoras de un proyecto ECOS-CONICYT de la Universidad de Chile y de la Universidad de La Sorbonne, respectivamente, que me permitió a través de una pasantía un período intenso de lecturas necesarias.

A las amistades que prestaron oído a mi pensar en voz alta en determinados momentos, o que tuvieron algún tipo de proximidad con el proceso de elaboración del texto mediante alguna lectura o algún libro prestado o sugerido: Guadalupe Santa Cruz, Gonzalo Catalán, Gilda Luongo, Rabindranath Bermúdez, Raquel Olea, Patricia Bonzi, María Eugenia Góngora, Pablo Chiuminatto, Willy Thayer, Andrés Asenjo.

Mis agradecimientos también a Soledad Fariña, Luisa Eguiluz, Humberto Giannini, Lucía Carvajal, Soledad Bianchi, Irma Palma, Paula Arriagada, Horacio Ortega, Patricio Sáenz, Jonia Parra, Manuel Canales, Mirta Halpern, José Jara, Iván Trujillo por su amistad en los

tiempos de escritura. Asimismo, la presencia, en medio de esos afanes, de mis colegas Patricia Soto, Carolina González, Margarita Iglesias, Pilar Errázuriz, y la de Marcela Castañeda del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. A María Isabel Flisfisch, ex-Decana, por los diversos apoyos institucionales brindados.

Agradezco, al Consejo Nacional del Libro y la Lectura por el premio concedido a este escrito, en el Concurso Mejores Obras Literarias, en el Género Ensayo, Categoría Inédita (2006). Finalmente, a la Editorial Universitaria, por su interés y respaldo para la publicación.

De manera muy especial e intensa, en apartado, doy las gracias a mi hija Manuela y a mi hijo Esteban, por su cariño y compañía, sin los cuales este trabajo de escritura perdería en gran parte su sentido, como también lo perdería si las amigas y los amigos, nombrados e innombrados, no estuvieran a mano para encontrarlos.

PRESENTACIÓN

Tal vez no es del todo errado presentar este ensayo aludiendo a las marcas autobiográficas presentes en él.

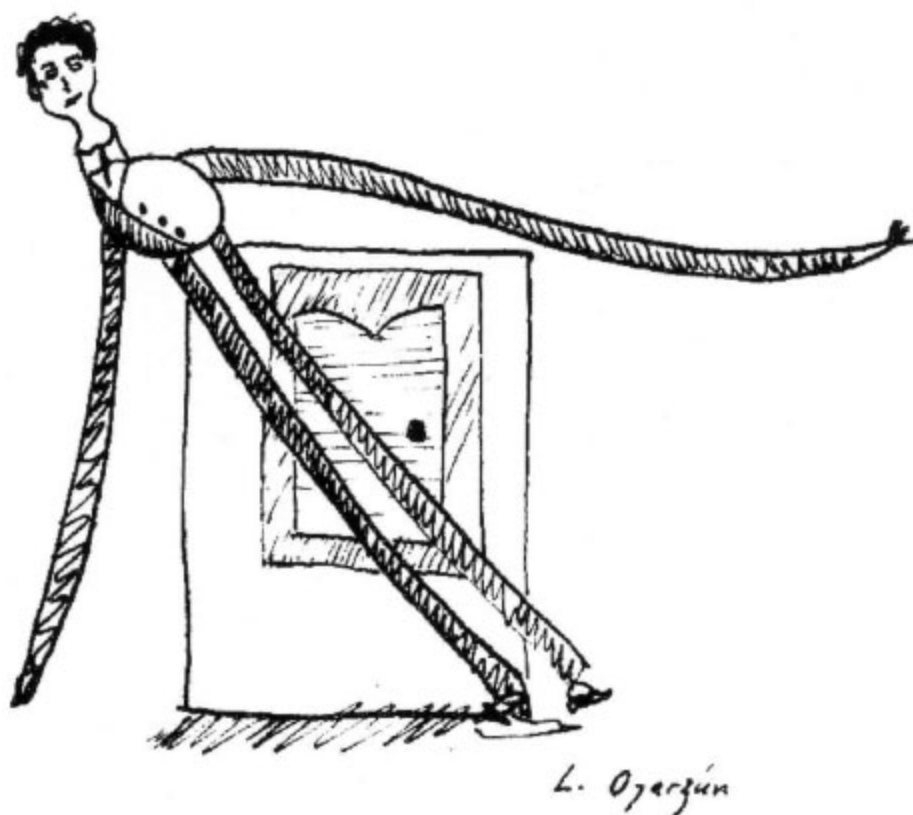
Movida por los procesos que tuvieron su sitio en un tiempo de pérdidas personales sucesivas, requerí, de modo necesario, de una comprensión de las elaboraciones narrativas referidas a la subjetividad que me llevó a considerar tanto las escrituras relacionadas con el diario íntimo como, asimismo, el carácter de relato o de narrativa que adopta la propia existencia. Ello también se hacía propicio en un contexto cultural en que tomó un nuevo sentido la orientación reflexiva al sí mismo, el repensar la identidad, la proliferación de escrituras del yo estimuladas incluso por instancias institucionales (el análisis psicológico, talleres sobre relatos de vida, talleres sobre escrituras de la memoria, páginas en internet que convocan a escribir y publicar electrónicamente diarios íntimos o relatos de carácter autobiográfico).

Arribé, entonces, a interesarme por Luis Oyarzún, filósofo y poeta que hace posible pensar el problema de los géneros en un abierto haz de posibilidades: el género de las escrituras auto-referenciales, la relación de los géneros filosófico y literario como campos de saberes de la vida humana, la hibridez de algunas composiciones escriturales, el género sexual a partir de la experiencia de una identidad fracturada en su condición homosexual y su posible incidencia en la escritura diarista. Esos tópicos constituyen un marco de intereses de indagación en el que los temas abordados de manera más específica se insertan.

Escribiendo este ensayo caí en la cuenta de un hecho del pasado que no quisiera olvidar. Con ocasión de una publicación de algunos poemas inéditos de Luis Oyarzún, me fue traspasada una servilleta de papel donde había un dibujo hecho por el escritor, que publicaríamos junto con los poemas. Los trazos eran débiles y a falta de scanner y recuperación digitalizada, recordé lo que hacía en mi niñez: una copia al trasluz. Puse la servilleta contra el vidrio y sobre ella una hoja de papel en la que copié al trasluz el dibujo. Los trazos que hice con la lapicera fueron más gruesos que los realizados con el lápiz grafito del autor de la figura humana dibujada. Sentí que había traicionado las líneas y que publicaríamos un dibujo inédito engañoso. Ahora, siento la posible traición a su escritura desde los trazos que hago sobre ella.

Trazos sobre trazos, abren un espacio de posible falseamiento, a veces de simple calco o copia. En ambas operaciones ocurre una suerte de repetición. Pero mientras el calco requiere una materia intermedia de densidad tal que no deja pasar la luz, pero que hace traspasables las líneas que se vuelven a dibujar, repitiéndolas, la copia necesita de la luminosidad desde fuera y de detrás de los trazos originariamente inscritos en el papel, de modo que permita la visión de ellos y se puedan repetir. A falta de una o de otra, podemos recurrir a la presión sobre el trazo original que lo hace posible en su reproducción a riesgo de romperlo.

Así podría verse esta reflexión sobre el Diario y otros escritos autobiográficos de Luis Oyarzún, que de algún modo lo repiten y lo hacen visible nuevamente: en ocasiones hice copia de fragmentos que en su montaje crean un sentido, a momentos pude tener una comprensión otorgando al texto determinadas significaciones, y en otras, la presión sobre el texto implicó la presión sobre mí, buscando lo que no se encuentra y que, en definitiva, se inventa.



Nota: Dibujo reproducido por primera vez, en la revista *Teoría*, Nº 7, marzo 1976, Universidad de Chile. Santiago, Editorial Universitaria, 1976.

INTRODUCCIÓN

El objeto de interés de este libro está constituido por la escritura reflexiva de Luis Oyarzún¹, expresada en diarios y correspondencia publicados, que permiten indagar en su concepción de la temporalidad y cómo ella se relaciona, de manera significativa, con el estilo fragmentario de su obra y el carácter predominantemente intimista de ésta. De ese modo, la indagación permite revelar el entramado de su escritura reflexiva en una condición literaria particular, que no realiza un concepto de obra o corpus unitario, sino que más bien efectúa una diseminación, expresada en motivos múltiples, cuyo significante predominante es el fragmento, vinculable al viaje, a su nomadismo, como modo de estar en el tiempo y el espacio.

Podemos, desde sus escritos de carácter autobiográfico, reconocer la marca moderna de la construcción de una subjetividad que se realiza a partir de la auto-observación, y la relación de un yo con el mundo que impone condiciones propias. El Diario y el epistolario nos permiten acceder a su reflexión filosófica en estrecha relación con una forma que adopta la escritura, con las improntas de la fecha de su producción, enraizadas en el tiempo, fechas que no sólo son el punto de partida de la escritura, sino también de su espaciamento. El tiempo está presente formando parte de la estructura del relato y los espacios entre un día y otro, un mes y otro, no hacen sino expresar la tensión implicada en el tiempo. Si la escritura del Diario y las cartas constituyen en Luis Oyarzún su “espacio autobiográfico” (Lejeune), el espaciamento de la escritura,

su blanco, por decir así, es su ritmo en la invención de su yo. La relación tiempo y escritura es una relación fundamental que hace visible su modo de pensar como reflexividad, como filosofía desde y en la cotidianidad, que deja sus huellas temáticas y gráficas².

De ese modo, he querido elaborar su concepción del tiempo a partir de los enunciados de esa escritura autobiográfica relativos a éste, pero también dar cuenta de los efectos de esa concepción en la propia escritura.

Para dicha elaboración he considerado en el [Capítulo I](#), el diario como escritura anclada en el tiempo, desde el punto de vista formal y como experiencia de escritura vinculada a la cotidianidad. Asimismo, me ha parecido relevante dar cuenta de los aportes de la teoría contemporánea sobre los géneros referenciales, en especial los relativos al diario íntimo, la autobiografía y el epistolario. Allí se establecen las semejanzas y diferencias entre esas diversas formas de la escritura autobiográfica, de acuerdo a varios autores que no siempre coinciden entre sí, y se atiende particularmente a la emergencia del diario como género referencial en la modernidad. Hizo sentido, también, ver el diario íntimo de Luis Oyarzún en el horizonte de la escritura diarista de las primeras décadas del siglo xx en nuestro país, y hacer un tratamiento, aún muy general y provisorio, de la relación de ésta con el género sexual.

El [Capítulo II](#) propone una interpretación de la concepción del tiempo de Luis Oyarzún donde podemos reconocer diversas formas de experienciarlo: como condición ontológica, como experiencia subjetiva, como propuesta vital. Como condición ontológica se acerca a la concepción bergsoniana de la “duración”; como experiencia se vincula a la de Leonardo da Vinci, atenta al paso depredador del tiempo y a su carácter fugaz, que encontrará, en el pensamiento de Luis Oyarzún, su

superación en la experiencia y sacralidad de la plenitud del instante; finalmente, como propuesta o apuesta vital se aproxima a la concepción heracliteana del tiempo como “niño que juega a los dados”.

Esos desplazamientos por las distintas formas de comprensión del tiempo podemos entenderlos como expresión del modo complejo, confuso, desconcertante en que se da la percepción de éste en la existencia humana. En ese sentido no deberíamos buscar una concepción del tiempo hecha sistema, sino más bien poner al descubierto distintas dimensiones en que él se nos da, como vivencia, como especulación filosófica, como forma de vida sostenida en la conciencia de éste a través de la escritura signada por el tiempo.

Para la consideración de las diferentes influencias que le permitieron a Luis Oyarzún configurar su particular modo de comprender su estar en él -el tiempo como juego; el tiempo depredador y su superación en la trascendencia y sacralidad del instante y, el tiempo como duración- he considerado el Diario y algunos ensayos del autor que me permitieron profundizar en el tema.

El [Capítulo III](#) relaciona el tiempo con la escritura del Diario, el epistolario y textos autobiográficos narrativos o novelados de Luis Oyarzún, si pudiéramos nombrarlos de ese modo; indaga, asimismo, en la necesidad y pasión del autor por los nombres y las palabras y en el fundamento filosófico que le da a su propia escritura en la inspiración, entrelazada con su concepción del tiempo. Para comprender mejor este último aspecto recurrí a un ensayo del propio autor³ junto al corpus que ha constituido mi material de indagación, vale decir, el Diario, el epistolario publicado, y sus textos autobiográficos *La Infancia* y *Los días ocultos*.

Los tres capítulos encuentran puntos de cruce entre sí que insisten en aspectos de su escritura entendida como

reflexividad y reflexión de una subjetividad en el tiempo. Nos dice Luis Oyarzún: “Pero cada uno de nosotros –aun los chinos, pienso–, anda en busca de sí mismo, es un cazador de sí mismo, y queremos vernos también en nuestro origen, en nuestro Adán empírico, como quien vagara por todas partes inquiriendo su filiación siempre dudosa⁴”.

El diario de Oyarzún –obra central desde la cual hemos ido y venido en nuestras cavilaciones– como todo diario personal o diario íntimo, opera como “espejo de tinta” (Michel Beaujour)⁵, donde el sujeto se mira, o más bien ensaya mirarse a sí mismo, desde una mirada sin tapujos, al desnudo. El diario en relación analógica al espejo, en tanto espacio que permite la reflexividad, deviene un lugar donde se devuelve la propia imagen de quien escribe. Sin embargo, sabemos que no es posible que la escritura sea mero reflejo. Ni en el espejo somos pasivos en la mirada, en tanto miramos escudriñando, sorprendiéndonos de la imagen que vemos, evitándonos, confundiéndonos. Reflejo, entonces, de ninguna manera pasivo, en tanto esa reflexividad se produce a través del lenguaje que interpreta, constituyendo los significados y sentidos de éstos en el acto de elección de las palabras que organizarán los enunciados que dispone el yo escritural. La escritura hace posible, en el mismo tiempo de su despliegue, al yo que se constituye a través de ella. Hay una suerte de circularidad que da cuenta del carácter reflexivo de la escritura, de tal modo que, en definitiva, ésta es siempre autobiográfica, como lo señalara Paul de Mann⁶. Aunque en un diario se relataran de manera muy externa sólo hechos que se han vivido, en la escritura está quien escribe, espejeando. El juego de interioridad y exterioridad que la escritura abre es complejo y puede ser acogido en distintas lecturas.

Respecto del carácter intimista del diario de Luis Oyarzún, Leonidas Morales nos advierte de no concebir lo

íntimo como las intimidades del sujeto que escribe, aunque pudiera eventualmente darse cuenta también de ellas, sino más bien el “registro circunstanciado” que tiene esta escritura, como “crónica de una conciencia ‘íntima’: interior, emocionada, libre en su movimiento, sometida a sus propios límites. Una conciencia que se interroga en silencio y busca, obstinada, su verdad como una verdad del hombre”⁷. Este diario, aún en sus referencias a lo otro de sí mismo, conserva el tono de la singularidad de su autor, escritura íntima, entonces, en oposición al diario *extime*, como prefiere llamar Michel Tournier a su diario “vuelto hacia fuera, primario, extravertido” o en palabras de Gusdorf y Girard, un “diario externo”, “crónica de la actualidad, eco de las sollicitaciones exteriores, diario de los otros más que de sí mismo”⁸.

Luis Oyarzún llama a su Diario, “Diario”, pero en él hace referencia en más de alguna oportunidad a su carácter íntimo. No hay duda, a mi parecer, de que Oyarzún conocía el uso de esta palabra tal como se venía usando en Francia, país donde empieza a utilizarse por los diaristas. Él era lector de André Gide, como lo explicita en el Diario y en cartas. Recordemos que los anglosajones prefieren referirse a este género como diario personal.

En la escritura de Luis Oyarzún habría que ver, como lo señala también Leonidas Morales, su condición de discurso testimonial, en tanto este diarista, como cualquier otro, es testigo o protagonista de la realidad cotidiana, cultural, social y política que relata. Se constituye en esta escritura un relato sobre la naturaleza, los otros, los hechos sociales y políticos, las ciudades, experiencias amorosas platónicas y sexuales, las artes, los textos literarios y filosóficos, tramados con su propia sensibilidad y al decir de sí mismo. En este sentido, es necesario destacar el carácter de textualidad híbrida del *Diario* como escenario poliforme de géneros literarios: escrituras de ensayo, poemas, prosa

poética, cartas, relatos del día, crónicas, descripciones. Podría tal vez pensarse en las escrituras literaria, filosófica, ensayística de este autor como un gesto permanentemente híbrido de frote y penetración, dos modos de la relación intensa con lo real y que tiene su referente en la tinta, la pluma, el papel. La pluma frota, la tinta penetra el papel⁹.

Cabría preguntarse si el diario como género de escritura, tal como acontece en la modernidad, puede dar lugar a un espacio autobiográfico en que la conciencia se representa a sí misma de un modo cerrado¹⁰. Más bien parece que el acontecimiento moderno del diario, ocurre como necesidad de contar la relación con un mundo tradicional que se ha craquelado, que hace sentir al sujeto como individuo en un mundo en proceso de construcción moderna que reclama la elaboración de la propia subjetividad en nuevas coordenadas espacio-temporales. Un nuevo acontecer del tiempo y un distinto modo de ocupar el espacio, desafía a la conciencia de sí y a la conciencia del mundo realizada por un sujeto.

Si se examinan los diarios íntimos de fines del siglo XIX y comienzos del XX, puede percibirse la trama de mixtura entre ambos planos: conciencia de sí y conciencia de la mundanidad. En el gesto de Oyarzún habría que reconocer las marcas de un horizonte histórico e indagar en la peculiaridad de su registro escritural más que en la novedad del gesto. Su misma concepción y sensibilidad respecto del tiempo, asunto que desarrollo más adelante, no es tan disímil de lo que podemos encontrar en otros autores: el carácter efímero del tiempo, el desvanecimiento del instante, la problemática reconstrucción de la memoria de lo acontecido, el tiempo histórico, la irregularidad de la manifestación del deseo de fijar el tiempo en la acumulación de hojas, de cuadernos que generan un cuerpo que ocupa lugar en el espacio, contra el tiempo

efímero. Existencia corporal que podrá ser memoria perpetua, si se traspasa al soporte de libro publicado.

El diario, como lo vemos de manera permanente en Oyarzún, reagrupa los elementos disparatados de un yo que está en permanente sentido de evanescencia, como lo enunciara él mismo. Puede ofrecérsenos la realización constante de la escritura diarista, como *manía*, como deseo delirante y compulsivo ligado al saber de la carencia.

El diario también tiene muchas veces una función catártica, en la medida que permite algunas confesiones y pone en lenguaje los avatares de la subjetividad. “El deseo de inocencia me parece primario en el alma humana. Me levanto hoy dispuesto a purificarme en el agua helada del mar, a ser en cierta manera perdonado por el sol sobre la hierba tierna de septiembre”¹¹.

La escritura repara. Jean-François Chiantaretto, en su libro *Écriture de soi et trauma*, hace referencia a que Jacques Lacarme espera mostrar de qué manera la escritura autobiográfica es susceptible de decir lo traumático, proponiendo pensar el trauma como “mal encuentro”, que permite abordar la escritura en tanto “produce ella misma una situación traumática, en una suerte de segunda edición del trauma primitivo”¹². Recordando que muchas veces se ha afirmado que la escritura tiene que ver con el devenir psíquico de un trauma en el escritor, que pone o no en el primer plano la función reparadora de la escritura, el autor se pregunta¹³: “¿de qué se trata cuando el proyecto de aquél que escribe es la escritura de sí, bajo una u otra forma autobiográfica (autobiografía, diario íntimo, memorias, novela autobiográfica)?”¹⁴ De acuerdo a Chiantaretto, la escritura tiene una función de representación estructurante para el yo, al mismo tiempo que una función de simbolización, sublimación de pulsiones; permite tanto una transformación de la libido de objeto en libido narcisista

como “proveer un continente psíquico, un puntal, satisfacer a la vez pulsiones y defensas, permite una elaboración de los conflictos inconscientes y una sublimación de las pulsiones, es decir, permitir reencuentros con un objeto interno que el sujeto teme haber estropeado o destruido, colmar deseos narcisísticos, tanto en el plano del funcionamiento como en la relación con los lectores”¹⁵.

Según Girard, entre todos los textos escritos por los diaristas “ninguno puede informar mejor sobre la imagen del yo que los escritos en primera persona”¹⁶. En el caso del diario, se trata de un sujeto fragmentado, que se da a trazos en una escritura que recoge lo cotidiano de su existir, en su carácter efímero. Escritura que no tiene pretensión de unidad orgánica más que la pertenencia de los enunciados al mismo sujeto que los enuncia. En el diario íntimo el carácter fragmentario que adopta la narración de las experiencias no permite concebir un todo unificado que correspondiera a algo así como la verdad del sujeto emisor del relato.

El diario representa un discurso en que el sujeto de la escritura se construye fragmentariamente, análogamente a la forma de escritura que adopta para realizar en ella su modo de estar en el tiempo¹⁷. El anclaje en el tiempo y en el espacio son las condiciones propias de la enunciación en el género del diario íntimo, siendo también las categorías que forman la trama de la constitución de la propia subjetividad. En el momento del presente, en la intimidad de la escritura, el sujeto hacedor de ella piensa en sí mismo o desde sí mismo las experiencias y sus relaciones con su entorno inmediato. Se *(ex)iste*, se está en un afuera que resuena en el sujeto y donde éste, a través de su intervención en el mundo, pertenece a él.

Hay una inmediatez en esta escritura de manera ineludible. Se está en el tiempo, se está de un modo consciente, queriendo atraparlo, fijarlo, poseerlo, para